



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. VIII.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 30 de Agosto de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

IMPORTANTE.

Suplicamos á nuestros suscritores de la primera época, como ya lo hemos hecho en otra ocasion, que se sirvan abonar el importe del periódico por que se hallen en descubierto hasta fin de Junio, para evitar complicaciones en esta Administracion.

SUMARIO.

La Caridad, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.— Á mi hijo en su sueño, poesía, por D. Antonio C.-Flores.—¡Solo un Dios y solo un culto! novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Dos lágrimas, poesía, por id.—El palacio de Montsabrey, novela.—Variedades

LA CARIDAD.

Aunque la espuma de los mares fuese más blanca y delicada, al coronar las verdes olas; aunque las flores ostentasen colores más hermosos y cálices más esplendentes, al bordar los campos y matizar los valles; aunque la inmensa creacion tuviera miles y miles de encantos mayores que

aquellos que derramó en ella la mano omnipotente del Creador, de nada servirian su belleza, su primor ni sus galas, si la espléndida y purísima luz del sol no viniera á iluminar orbes y mundos, animándolos con su calor é inundándolos con su brillante claridad.

Sol purísimo del cielo de nuestra vida, llama bendita cuyo suave calor alienta nuestra alma, rayo de luz que presta nuevo brillo á las virtudes que anidan en nuestro corazon, es la caridad cristiana, faro divino que nos guía al eterno puerto de la salud y de la paz.

Sin ella el mundo seria un árido desierto do no brotaria una flor, y donde no vendria á caer dulce, suave y consolador el rocío celestial del amor, de la esperanza y de la fé.

Yo creo que la caridad, ya ceñida con los santos lazos de la asociacion, ya engrandecida con los altos titulos de esas cien y cien instituciones piadosas creadas para el bien y el consuelo del que sufre, ya albergándose sola, ignorada y modesta en el corazon cristiano, es la primera entre todas

las virtudes con que Dios quiso sellar el alma de sus hijos escogidos, al enviarles á cruzar el valle de llanto que se llama vida.

¡Perfume sagrado del espíritu que no solo vierte su esencia en derredor, sino que embalsama y deleita al espíritu mismo!

¡Ancho caudal de cristalinas aguas nacido al pié de la cruz para confortar y refrescar y sostener, no solo al labio que alcanza á gustarle, sino á la mano que le ofrece! yo te bendigo! ¡Yo te saludo, divina mensajera del consuelo y del amor, y al darte cabida en mi alma quisiera que te hospedases al par en el seno de la humanidad entera, segura de que la humanidad entera sería feliz bajo tu amparo, puesto que Dios da cien beneficios por uno solo que se haga en nombre tuyo!

Oh! sí ¡Cuántas veces, bendita hija del cielo, has otorgado la felicidad á cambio de una lágrima, á trueque de una palabra!

Dichoso, pues, dichoso quien te siente germinar en su pecho, porque tú le darás la felicidad; y si á mis palabras falta un apoyo, bastará que trace á grandes rasgos la historia de una amiga querida, cuyo ejemplo debemos seguir.

La bellísima y pura Ana de Salazar, esposa del conde de la Florida, era no hace mucho una jóven tan desgraciada como noble y digna de aprecio. Casada á los 20 años con un hombre á quien adoraba, Ana habia visto en breve nublarse el cielo de su ventura y alejarse de su techo la paz y la alegría que esperaba encontrar en su matrimonio.

Su esposo, amante y bueno para ella en los primeros dias de su union, habia cambiado de conducta rápidamente, é instigado por falsos amigos se habia lanzado en el mar tempestuoso de la disipacion, del desorden y de la orgia, abismo espantoso donde van á caer la fortuna y la dicha de muchas familias.

Ana no pronunció una palabra de reproche: no exhaló una sola queja, sufrió en silencio su dolor, y ocultó con el mayor cuidado los extravíos de su esposo, como debe hacer y como hace toda mujer digna y honrada.

Y mientras ella sufría y callaba, él caminaba á su ruina con una precipitacion tal, que al venir al mundo su primer hijo apenas le quedaba la mitad del patrimonio que debia pertenecer á aquel fruto de su union.

Y tan ciego y tan enloquecido se hallaba que la vista de aquel ángel no cambió

en nada su conducta y continuó caminando por la misma senda que seguia, á cuyo fin estaban la miseria y la pobreza acaso.

Para Ana fué una felicidad inmensa el nacimiento de aquel niño que Dios enviaba á ceñir á su sien la corona de más valía que ostenta la mujer: la corona de madre.

Dedicóse al cuidado de su pequeño hijo con un afán y una solicitud sin límites, y olvidándose de cuanto la rodeaba, solo pensó en cumplir sus nuevos y dulces deberes.

Ella misma quiso dar á su ángel el alimento de su seno como le habia dado la vida, y Jorge su esposo no se opuso á ello, pues le preocupaban muy poco los asuntos domésticos.

Ana pasaba las noches sentada junto á la cuna de su hijo, feliz con una mirada, con una sonrisa de aquel niño, y allí contemplándole dormir tranquilamente, pensó por primera vez que las penalidades de la vida podian más adelante turbar aquel sueño y extender una sombría nube sobre aquella frente adorada.

Entonces meditó en el porvenir, y lamentó la pérdida de aquella fortuna que se deshacia en manos de Jorge como un copo de nieve se deshace en la mano de un calenturiento.

Esta idea la preocupó de tal modo que decidió hablar á su esposo y advertirle de la perdicion á que corria.

El la oyó con desden, llamó extravagancias á sus temores y siguió adelante en el camino del error.

Así pasó algun tiempo. El convencimiento de la impotencia de sus esfuerzos afligió á la pobre Ana, pero ocultó de nuevo sus pesares bajo una eterna y melancólica sonrisa, y buscó en la religion el consuelo que en este mundo no hallaba: como era buena y virtuosa, recurrió á Dios, oró pidiéndole consuelo, y el consuelo no se hizo esperar.

Un dia que volvía de la iglesia encontró á su paso una mujer pobremente vestida, pálida, demacrada, llorosa: tenia un niño de la mano y dirigia en derredor miradas tan angustiosas y llenas de desesperacion, que Ana leyó en ellas un poema de dolor, y sintió que sus piés quedaban clavados al suelo, atraída por un sentimiento extraño é irresistible.

La desconocida, al verla cerca de sí, tendió su mano y movió sus labios; ¡pero aquella mano que temblaba se replegó sobre el corazon con un movimiento nervioso, y aquellos labios quedaron mudos!

¡Ay! aquello era sin duda la lucha del hambre y de la vergüenza sostenida en un cuerpo exánime y en un corazón desgarrado!

Acaso la vergüenza hubiera vencido y la pobre mujer hubiera muerto sin pronunciar una palabra; pero aquella infeliz era madre y sintió que la mano de su hijo se llenaba de frío sudor entre la suya: volvió los ojos y vio el rostro del niño demudado y blanco como la hoja de la azucena, y vio que su mirada se velaba, que iba á desmayarse porque no había comido hacia dos días, y entonces loca, desesperada, delirante, olvidando respetos humanos, consideraciones, todo menos su amor de madre, corrió hacia la condesa gritando con voz convulsiva y vibrante:

—¡Señora, señora, una limosna por amor de Dios para mi hijo que se muere de hambre!

Ana sintió en su alma una emoción inexplicable: sintió que sus ojos se llenaron de lágrimas, y tan angustiada como aquella infeliz sacó de su bolsillo todas las monedas que llevaba y se las entregó, fijando sus ojos en el niño que apenas podía tenerse en pie.

La desconocida miró aquel dinero primero con horror, luego con ansia, y al fin un torrente de llanto brotó de su alma agitada por la pena, por la esperanza y la gratitud.

—Bendita sea V. y benditos sean sus hijos: porque sin duda es V. madre! murmuro al fin! Oh! no puede V. comprender cuánto bien acaba de hacerme, porque...

—Tranquícese V., dijo Ana, está V. muy agitada.

—¡Oh! sí.

—Pues bien, vaya V. á atender á su hijo lo primero; procure V. reanimarle: nos volveremos á ver. Dios no abandona á sus criaturas! vaya V., vaya V.

Y después de saber las señas de la casa que aquella desgraciada habitaba, la vio partir con una atención compasiva y triste á la par.

Cuando llegó á su morada se dirigió con rapidez á la cuna donde dormía su pequeño ángel; allí cayó de rodillas exclamando con efusión:

—¡Y yo me creía desgraciada, cuando no he visto con hambre á mi hijo! Cuán ingrata he sido, Dios mío, cuán ingrata á vuestra bondad! Pero yo expiaré esta falta, yo la enmendaré amparando á esta infortunada: iré á su casa hoy mismo, y desde hoy mismo tendrán pan.

Aquella tarde, y contrariando su costumbre, salió Ana de su casa, sola, envuelta en un abrigo y cubierta con un velo.

Jorge la vio cruzar el dintel de la puerta sin que ella lo sospechase, y murmuró con la frente ceñuda y el acento comprimido:

—¿Qué es esto? á dónde va mi esposa ocultando el rostro y recatándose de que la vean? Oh, es preciso saberlo, y lo sabré!

La joven cruzó con paso furtivo algunas calles, deteniéndose al fin en una más excusada que las demás, y ante una casa de mezquina apariencia.

Un pobre zapatero que hacia las veces de portero le preguntó que á quién buscaba, y después de oír su respuesta, la señaló el patio, diciéndola al par:

—Allí es; en la puerta marcada con el número 3. La pobre señora de Lopez estará en su cuarto sin duda, porque sale muy pocas veces.

(Se concluirá.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

A MI HIJO EN SU SUEÑO.

Duerme, duerme, hijo mío,
disfruta dulcemente
del sueño que inocente
te envía el Hacedor.
Es sueño candoroso
tu sueño sosegado,
casto sueño velado
por un ángel de amor.

Tu rostro adormecido
con plácida ternura,
aumenta la hermosura
que Dios te concedió.
Impresa está en tu frente
la cándida belleza,
la angélica pureza
que el cielo te otorgó.

Duerme, hijo mío, duerme:
reposa, niño amado,
el sueño sosegado
del justo corazón.
En tanto te dedica,
prenda mía adorada,
mi alma entusiasmada
su pobre inspiración.

ANTONIO C.-FLORES.

ISOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

III.

Los dias se pasan con una rapidez indecible, y en la dulce familiaridad que ligaba á aquellos tres corazones, trascurrieron dos años sin que nada alterase la armonía y la paz que reinaban en la casa de D. Martin.

Dos años no son nada en la medida del tiempo; pero son mucho en una existencia, sobre todo si esta se halla en sus primeros albores.

En dos años se convierte un capullo en flor, se transforma una niña en mujer.

Esto casi habia sucedido á Elena, cuya figura esbelta y hermosa la hacia aparecer algunos años mayor de lo que era en realidad.

Además, como aquella niña habia sido muy desgraciada, como habia sufrido y llorado mucho, se veía aun extendido sobre su frente un velo de vaga melancolía que la daba un aspecto reflexivo y grave, muy ajeno por cierto á la bulliciosa alegría de una niña de su edad.

Esto unido á su angelical bondad, á su talento y á su dulzura, la daban un encanto inexplicable, y la hacian ser amada de cuantos se hallaban á su alrededor.

D. Martin, pues, la adoraba, bendecia á cada paso el instante de haberla conocido, y hubiera sido completamente feliz sin el recuerdo de Consuelo.

En cuanto á Carlos, todo su bien, todas sus esperanzas de ventura, todos sus sueños para el porvenir, se habian ido poco á poco ligando á Elena, como se enlazan dos arbustos que crecen en un mismo jardin, sin esfuerzo alguno, y conforme van extendiendo sus ramas.

El pobre jóven, huérfano en sus primeros años, sin parientes, sin familia, y con un corazón rico de nobles sentimientos, se habia creado un mundo de afectos con aquella niña y con aquel anciano, únicos seres á quienes debia cariño é interés.

Fuera de aquella casa solo tenia un afecto, una amistad: la que le inspiraba uno de sus compañeros de colegio, llamado Sir Ricardo Dervil, con quien partia habitacion, estudios y diversiones.

Sir Ricardo pertenecia á una noble y riquísima familia inglesa, residente en la corte hacia largos años, que á pesar de su inmensa fortuna queria hacer del jóven un hombre digno y útil á la par.

Carlos y Ricardo sintieron al conocerse una irresistible simpatía que les hizo ser amigos á poco de haberse visto, y aunque el primero estaba en el colegio mucho tiempo antes de la llegada del segundo, esto no obstante le prefirió á todos sus demás compañeros, y le trató con la intimidad y la confianza que á un hermano.

Solo los domingos se separaban, puesto que como ya sabemos, ese dia estaba consagrado á Elena y á D. Martin.

Por su parte Ricardo frecuentaba solo las casas más aristocráticas de la corte, á donde su nombre le daba entrada.

Carlos, con la lealtad y la franqueza de su noble corazón, hablaba sin cesar á sus amigos de Ricardo, elogiando sus bellas cualidades y su digno y bondadoso carácter.

Tambien mil veces habia pronunciado ante Sir Ricardo los nombres de Elena y D. Martin, pero por uno de esos misterios del alma que en vano trataríamos de explicar, al hablar delante de su amigo de aquella niña tan querida, jamás trató de explicar los sentimientos que le inspiraba, llamándola solamente con el casto nombre de hermana.

Un dia, sin embargo, y á pesar de la instintiva reserva de Carlos, Ricardo quiso ser presentado en casa de D. Martin, y Carlos no halló modo de negarse á esta petición tan justa como sencilla.

Pidió, pues, el permiso á su padrino, y Ricardo pisó por primera vez aquella modesta casa, donde habitaban en santa union la paz, la inocencia, la virtud y la honradez.

El jóven, acostumbrado al fausto, al brillo y á la opulencia, quedó sorprendido de aquella modestia, de aquella calma, que envuelta en un perfume de castidad y de pureza se respiraba en aquella casa embellecida por el trato sincero y afectuoso del anciano, y más que nada por la presencia de Elena.

De carácter digno y elevado Ricardo, se avino, aunque muy jóven aún, mucho mejor con aquel aspecto de sencilla medianía que con el oropel y la vanidad que le habian rodeado más de una vez.

Bien es verdad que en aquel pequeño gabinete donde fué recibido, penetraba tan brillante el sol, se armonizaban tan perfectamente la sillería de damasco azul con las blancas cortinas de muselina; los dorados cuadros encerrando bellas pinturas, las flores, la luz, hasta el canto de un precioso canario que, suspendido junto al balcon, mezclaba alegremente las notas de su canto con las notas que Elena arrancaba al piano; que formaban un conjunto

tan agradable y poético como nunca se había presentado á la vista del jóven.

Además, Elena, por un impulso de esa inocente coquetería tan innata en la mujer, había ceñido á su talle un vestido blanco tan transparente y ligero que la asemejaba á un ángel, y había adornado sus rubias trenzas con algunas flores, menos frescas que su hermosísimo y hechicero semblante.

Ricardo, pues, quedó admirado de su dulce y pura belleza, y su corazón latió con un sentimiento desusado cuando correspondió al saludo de aquella niña.

Ella, por su parte, se puso turbada también y encendida como una rosa de Bengala, al notar la mirada del amigo de Carlos fija con tal insistencia en su semblante.

En aquella primera visita se habló de mil cosas indiferentes.

Antes de despedirse, Carlos suplicó á Elena que tocara alguna cosa al piano, y la niña accedió, aunque en aquel momento, y cosa que jamás la había sucedido, tuvo miedo de no acertar á producir una nota con el buen gusto y la maestría que su padre y su amigo encontraban en ella.

Esta timidez, la hizo poner un cuidado y un esmero que tampoco había empleado nunca.

Nadie, pues, acertaría á decir, si esta atención particular que empleaba entonces, ó cierta excitación desconocida que la dominaba en aquel instante, fué la causa de que sus blancos dedos produjesen sonidos tan impregnados de sentimiento, tan llenos de inspiración que los tres seres que la escuchaban quedasen arrobados y mudos por un momento.

Ella, por su parte, también se hallaba conmovida, trémula: sin saber cómo, y al terminar la pieza que tocaba, acudió á su memoria aquella melodía que su madre la había enseñado, tan sencilla, tan suave, tan dulce y vaga, y siguiendo el impulso de su alma, empezó á ejecutarla mientras en su alma aparecía también el recuerdo de la pobre Consuelo.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

DOS LÁGRIMAS.

Todo calla, las brisas
plegan sus leves alas,
y duermen en el seno
de las violetas pálidas.
Las fuentes no murmuran,
los pájaros no cantan,
las hojas de los árboles

pendientes de las ramas
no crujen al impulso
del beso de las áuras;
los cielos y los mundos
extremecidos callan
oyendo una armonía
dulce, suave, vaga,
que lejos se percibe
perdida y solitaria.
Es la voz de una Madre
que á un Niño tierno acalla.

¡Escuchad! es la Virgen
inmaculada y casta,
la estrella de los mares,
de Nazareth la gala,
que aduerme entre sus brazos
al Hijo de su alma.
Es María, que fija
de amor una mirada
sobre la frente pura
serena y nacarada
del Niño Dios, que vida
tomara en sus entrañas;
y Ella acallarle intenta
que su llanto la mata;
y siempre en las mejillas
de aquel hijo á quien ama,
doliente, triste y lenta
ve rodar una lágrima.

Y entre dulces halagos,
entre caricias blandas,
la Virgen amorosa
murmura estas palabras:
—¿Qué tienes, amor mío?
dí, ¿qué tienes, flor casta?
tú que eres de los mundos
el bien y la bonanza;
tú que das con tu risa
al universo galas;
tú que eres la alegría,
tú que eres la esperanza,
¿por qué, Hijo mío, lloras?
¿por qué lloras, mi alma?

Jesús fijó en la Virgen
su celestial mirada,
y en su expresión, María
comprende estas palabras:
«¡Madre! si en mi semblante
ves brillar una lágrima,
no la pone en mis ojos
ni del pecho la arranca
el duelo y los pesares
que en la vida me aguardan:
no es la triste corona



de espinas aceradas:
no es la cruz afrentosa;
no, no es la hiel amarga,
ni la pasion sangrienta
lo que mi angustia causa.

Solo aflige mi pecho
con amargura tanta,
el duelo y los pesares
que el mundo te prepara,
que te haré de los hombres
la Madre soberana,
y algun dia, tus hijos
desgarrarán tu alma.»

En las blancas mejillas
de la Virgen sagrada,
reemplazan á las rosas
las azucenas pálidas:
una gota de llanto
tiembla entre sus pestañas;
inclínase su frente
de penas abrumada,
y del Hijo y la Madre
se confunden dos lágrimas.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EL PALACIO DE MONTSABREY.

CONTINUACION.

Yo te he encontrado en mi camino, apenas te he visto, y jamás has fijado en mí tu mirada; pero tu recuerdo querido vivirá siempre en mi corazon. Permanecerás en mi pensamiento como una de esas melodías que solo se oyen una vez, pero que no se borran de la memoria; has pasado en mi existencia como uno de esos fantasmas que nos sonrien, que nos llaman y que no nos es posible asir. Era radiante tu hermosura y tu boca respiraba bondad: tu inteligencia, que suponian extinguida, se alimentaba tal vez con celestiales visiones. Si hubieses podido descender hasta nosotros, feliz aquel á quien hubieras amado!...

Habia vuelto á tomar el lapicero; é inclinado sobre su obra borraba por la décima vez los perfiles de los labios que no podia copiar fielmente. Ya hacia más de una hora que se afanaba en aquella tarea: creyó por fin haberlo conseguido, y para asegurarse miró al modelo: incorporada en su lecho, y tan apacible y serena como una jóven que se despierta por la mañana despues de los sueños más halagüenos, Lucila le contemplaba con curiosidad.

—¡Madre mia!... ¿en dónde está mi madre?

dijo con voz tan dulce como la de un niño. Y semejante á la flor que se doblega bajo el peso del agua del cielo que inunda su cáliz, se volvió á dejar caer sobre su almohada

V.

Absorto en la oracion, el cura no habia oido la voz de Lucila; pero un grito de Federico le sacó del piadoso recogimiento en que se hallaba sumido; se levantó y se dirigió aceleradamente al lecho de la jóven.

—Vive, exclamó Federico estrechándola entre sus brazos, vive, me ha hablado.

Y salió con precipitacion á buscar al doctor.

No corria, volaba: cuando llegó al término de su carrera, abrió la verja, atravesó el jardin, subió la escalera sin tomar aliento y se lanzó en la alcoba, en donde el doctor, dominado por la impresion de las violentas emociones que habia experimentado, no podia conciliar el sueño á pesar de lo avanzado de la hora.

—Venid, le dijo, ¡vive y respira!... no perdais un momento, volad á su cabecera. Y procuraba llevarsele.

El doctor le miraba con asombro mezclado de inquietud, y dudaba si Federico habia perdido la razon.

—Pues qué, prosiguió Federico con vehemencia, ¿no me comprendéis? Respira y me ha hablado... Os repito que me ha hablado... Venid, en nombre del cielo, venid, ¿qué aguardais? Y entonces le decidió.

El doctor le seguia con mucho trabajo y todavía fluctuaba. Al entrar en el palacio se persuadió de que Federico habia dicho la verdad; en los corredores y en todos los pisos no se oia más grito que el de ¡la señorita no ha muerto!... Penetró temblando en la habitacion de la señorita de Montsabrey, y la encontró tendida en su lecho como antes, pero sus mejillas habian recobrado el color de la vida. Su nodriza, sentada junto á ella, escuchaba y recogia el aliento que se escapada de sus labios.

El cura, arrodillado, habia interrumpido las oraciones de los difuntos para rezar un himno en accion de gracias: el doctor tomó el pulso á la enferma, y lágrimas de gozo inundaron su rostro.

—Sí, Dios mio, exclamó, vive.

Lucila volvió la cabeza, abrió los ojos, y mirando alternativamente al doctor y al cura,

—¿Sois vosotros, amigos mios? les dijo con voz afectuosa.

La crisis que podia ser mortal la habia salvado: el velo que separaba su razon del mundo de los vivientes acababa de rasgarse.

Extenuada por aquel esfuerzo de algunos instantes, volvió á caer otra vez sobre su lecho.

—¿En dónde está la señora de Montsabrey? preguntó Federico; ¿á dónde la ha conducido su cuñado? Es necesario enviarla inmediatamente un expreso.

El doctor le asió del brazo y le llevó al hueco de una ventana; el cura los siguió.

—Se ha salvado, dijo el doctor en voz baja, así lo creo y lo espero; pero sin embargo, no me atrevo á responder. ¿Pensais en enviar un expreso? Si el cielo volviese á recobrar á Lucila, la señora de Montsabrey habria perdido dos veces á su hija. Aguardemos para llamarla á que la resurreccion se halle plenamente efectuada; preparemos poco á poco el corazon de la madre, y no la demos de pronto una alegría que pudiera terminar en desesperacion.

Federico y el cura fueron del mismo dictamen: al cabo de ocho dias, la curacion de Lucila ya era segura; con la salud habia recobrado la razon; la inteligencia habia roto los lazos que la oprimian, y el pensamiento encontrado una salida. Ya no habia que vacilar: cuando el expreso iba á marchar se recibió una carta del vizconde de Montsabrey, anunciando que se llevaba su cuñada á Italia. El doctor escribió sin dilacion á Roma, Nápoles y Florencia, y no dudaba que la señora de Montsabrey regresase antes de concluir el mes.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

De nuestro apreciable colega la *Revista popular* copiamos lo siguiente:

PALMA, LA ESTIGMÁTICA DE ORIA.

La estigmatizacion es el estado de una persona que, por un favor especial de Dios, lleva impresa en su cuerpo de una manera sensible alguna ó bien todas las llagas de nuestro Señor Crucificado. El más ilustre de los estigmatizados es San Francisco de Asís, que, como es muy sabido, recibió impresas en manos, piés y costado las cinco llagas principales del Redentor.

Nuestros habituales lectores recordarán el nombre de Luisa Lateau, de la cual nos hemos ocupado con alguna extension en diversas ocasiones.

Hoy comenzamos á hacerlo de otra alma escogida, cuyos prodigios están tambien llamando seriamente la atencion de todas las personas reflexivas. Nos referimos á *Palma Maria Addolorata Matarrelli*, natural de Oria, ciudad

episcopal de la provincia eclesiástica de Tarento en el reino de Nápoles.

Esta extraordinaria mujer nació en Jueves Santo, dia 31 de Marzo de 1825. Bautizóla el mismo obispo de Oria el Sábado Santo inmediato, segun la antigua costumbre, vigente aun en Italia, de no conferir el Bautismo en Sábado Santo sino en la Catedral en las residencias episcopales. Suelen llamar *Palma* á la estigmática, cuyo nombre está indudablemente destinado á recordar su nacimiento en la semana del Domingo de Ramos ó de las Palmas; pero ¿no se puede acaso ver tambien en dicho nombre una significacion profética de la vida militante y reparadora de la estigmática?

Su padre se llamaba Antonio Matarrelli, y su madre Catalda d'Ippolito, ambos de clase humilde y muy cristianos. *Palma* se casó siendo muy jóven con Domingo Zito, pastor, hombre muy piadoso, del cual tuvo tres hijas que perdió sucesivamente, quedando viuda á la edad de veinte y ocho años, despues de lo cual se recogió junto con su anciana madre con una familia acomodada de la misma ciudad, en cuya casa vive desde entonces. En todos tiempos, pues, ha sido su dote la indigencia; en su juventud ganó el pan con el sudor de su frente, y como la estigmática de Bois d'Haine, pertenece tambien á la Tercera Orden de San Francisco, en la que se alistó siendo ya viuda, y practica por virtud y por voto la pobreza voluntaria, sin retener nunca para sí nada de cuanto le da la generosidad de los fieles. No sabe leer ni escribir; pero, prevenida desde su más tierna juventud con gracias extraordinarias, y admitida en la intimidad que digamos del Divino Maestro, habla de los misterios de nuestra santa religion y de las vías de la vida espiritual con una seguridad de doctrina que admira.

La casa en que vive *Palma* está situada en una plaza estrecha y pendiente. Súbese á la misma por medio de una gran escalera exterior. Una vez que se llega al descanso, se halla uno frente á una puerta que da á un cuarto con dos camas: allí vive *Palma* con su madre, mediante el correspondiente alquiler. En el mismo descanso y á mano derecha hay la puerta principal de la casa, que fué comprada hace trece años por *il signor Federico Marzella*. *Palma* pasa en ella habitualmente los dias, y en ella tambien tiene su oratorio y otros cuartos en que á menudo duerme, así de dia como de noche. La familia Marzella recogió con gusto tan preciosa inquilina. Esta cristiana familia consta del padre, la madre y una hija única llamada Antonieta.

Los continuos dolores que sufre *Palma* le dificultan el moverse y le hacen muy penoso el andar; á veces, no obstante, cuando sufre menos, puede dar algunos pasos apoyándose en un baston. En su juventud era muy robusta y activa: hoy es una mujer delgada y cargada de espaldas. Sus negros ojos son muy expresivos, un poco hundidos bajo unas cejas muy salientes, y parecen de fuego. Su fisonomía es muy inteligente.

La estigmatizacion de *Palma* data del 3 de Mayo de 1857, fiesta de la Invenzion de la Santa Cruz. Hallábase orando ante un Crucifijo en la iglesia de Padres Conventuales en Oria, cuando vió que salian rayos de luz de la imágen de Jesus crucificado, y comprendiendo que iba á recibir la gracia de las llagas, pidió á Dios, segun propia confesion, que fuesen interiores y quedasen invisibles. «Concedíomelo el Señor (son sus palabras), pero dióme á entender que era su voluntad fuesen visibles al mundo en un tiempo dado.»

Y de este modo lleva *Palma* las llagas. Solo la corona de espinas está siempre en disposicion de manifestarse, ya para edificacion de los piadosos visitantes, ya para confusion de los excépticos y de los incrédulos: las heridas de esta corona se abren entonces de repente, mana de ellas la sangre, á veces en mucha abundancia, y la estigmática parece otro *Ecce Homo*; despues las llagas se cierran.

Las llagas de las manos y de los piés no manan sangre sino en los viernes de Cuaresma, fiesta de la Santa Cruz y el dia de San Francisco de Asís. Hé aquí lo que sobre el particular refiere un personaje que vió á esta mujer extraordinaria en Abril de 1872:

Actualmente no tiene *Palma* las llagas de una manera regular. Las ha tenido durante la próxima pasada Cuaresma; cesó despues la estigmatizacion (sangrienta), pero reaparece ahora para los que la visitan, segun son ellos. Cuando mis dos primeras visitas, tenia la frente muy limpia; luego, despues de su accion de gracias, vimos, mis compañeros y yo, brotar de cuatro puntos del medio de la frente cuatro hebras de sangre, tan anchas como el dedo meñique, que regaron el rostro y las manos de la paciente. Diósele un lienzo blanco para enjugarse, y en vez de manchas se estamparon en él unos emblemas muy claros, figurando corazones inflamados, clavos y espadas. Todo esto es prodigioso, y yo lo he visto con mis propios ojos.

Estos pormenores nos vienen confirmados por un misionero que no ha mucho visitó á *Palma* mientras sus llagas eran visibles. Sus manos, por ejemplo, á diferencia de las de Luisa Lateau, están como taladradas: presentan una abertura oblonga (más larga que ancha), visible de ambos lados, pero sin estar atravesadas de parte á parte.

La lagga del costado es la más activa, y de

los admirables prodigios que presenta hablaremos con alguna extension otro dia.

Hoy terminaremos reproduciendo los principales párrafos de una carta que en 23 de abril de 1871 escribió uno de los directores espirituales de *Palma* al P. Serafin, pasionista de Ere cerca de Tournai en Bélgica: carta que contiene en resumen los admirables fenómenos que se observan en la célebre estigmática del reino de Nápoles.

Dicho respetable sacerdote dice así:

Dirijo á *Palma* desde enero de 1849. Dios quiso luego que se me agregasen otros dos directores, y en este momento, á causa de las vicisitudes de los tiempos, *Palma* se encuentra en manos de un director extraordinario (1): somos, pues, cuatro testigos y redactores de las cosas concernientes á *Palma*. No puedo abrir ese libro, el libro de la conciencia, porque hasta ahora quiere Dios que está sellado. Mas sí puedo aseguraros que cuanto se ha dicho de esa persona se aproxima á la realidad, con excepcion de algunas alteraciones ó inexactitudes en la narracion de algunos hechos. Así, es falso que cada viernes la mano de *Palma* esté transparente.

Voy á indicaros tan solo algunas de las cosas extraordinarias y exteriores que son conocidas por muchas personas. *Palma* pasó la última Cuaresma en medio de padecimientos mayores que los de otros años... Cada viernes daba de la corona de espinas más de una libra de sangre. Lo más notable que hay en la sangre es que donde quiera que cae imprime, á vista de todos, emblemas sagrados que causan admiracion. Tiene fiebres de incendio sobrenatural, cuyo calor excede al del agua hirviendo, medida con el termómetro, y su pulso da hasta ciento sesenta pulsaciones por minuto. Á menudo tiene éxtasis, en los cuales habla sin ser interrogada, ó bien canta, como solia hacerlo Santa Magdalena de Pazzis; otras veces responde á nuestras preguntas. Siempre recibe en el éxtasis la Comunión sobrenatural que le da Jesucristo con hostias consagradas tomadas de distintas iglesias; con frecuencia tambien recibe esa comunión sobrenatural cuando está fuera del éxtasis. Antes recibia la santa Hostia en el interior de la boca sin que lo advirtiéramos; pero á la señal que hacia diciendo *ei mea culpa*, le imponíamos la obediencia, y veíamos entonces la sagrada Hostia que acababa de recibir. En la actualidad la santa Hostia se ostenta sobre sus labios, y todos la vemos cuando *Palma* la recibe. Nada come desde hace unos seis años; pero cada dia, entre doce y tres de la tarde, recibe un maná celestial que al instante mismo se derrite sobre su lengua y que nunca hemos podido ver. En ciertos momentos exhala un olor de aceite aromático agradabilísimo é indefinible. Ese olor sale de su sangre, de su boca, de su corazon y de su cuerpo, y á menudo tambien de los pañuelos ensangrentados. Roma conoce ya todo esto; pero cómo creer en cosas tan extraordinarias y nuevas, sin enviar doctores, directores y médicos para comprobarlas y tocarlas con sus propias manos?

(1) El R. P. de Pace, superior de los Menores Conventuales de Oria.